

Solo contaré lo imprescindible. Desde el día en que comenzó a torcerse mi vida. Porque hay un día. Concreto.

Un día.

Una hora. Un minuto. Nada. El fugaz instante que determina el antes y el después.

Que delimita la frontera.

Resulta curioso comprobar cómo decisiones triviales marcan las huellas de nuestro destino. Si hubiera cambiado una sola de ellas, aunque fuera la más frívola, no me encontraría aquí, regurgitando un pasado irremediable que evoco fragmentado por secuencias, como sucede siempre con los recuerdos.

Secuencias transparentes, vacías de sentimientos.

Y cada una de ellas me acerca un poco más al abismo.

Era junio. Mediados. Aina y yo nos dirigíamos a un pueblo cercano a Segovia.

Entonces yo escribía cuentos.

Durante algún tiempo recorrí el ancho y largo de la geografía española tras el rastro dulzón de los premios literarios, ese alimento para la vanidad que me permitía sobrellevar con decoro a las penurias económicas.

Siempre con Aina. Los dos solos. En nuestro coche.

Un modo de ganarse la vida como otro cualquiera. Yo no era el único. Había otros. Terrín, Sánchez Robles, Palma, Quesada, Mala, Juana Cortés... muchos. Veinte. Treinta. Quizá más.

Todos muy buenos.

Llegamos a la hora de comer. Los organizadores habían reservado una habitación en un hotel de cinco estrellas. Muchísimos lujos tan lejos de nuestro día a día...

Aina se dio una ducha. Salió con una toalla en la cabeza y el albornoz abierto. Yo, en cuclillas, indagaba en la nevera del minibar y la vi acercarse. No dijo nada. Como si en el mundo del lujo imperara el silencio y sobraran las palabras. Me abrazó por la espalda. Cuando me giré, el albornoz se encontraba en el suelo.

Aina y sus treinta y dos años que parecen veinte. Su acento suave que aún no ha perdido del todo el deje de un francés que habló de niña.

Una vida entera juntos y la pasión seguía viva. Mi pasión. Su pasión. La pasión con la que impregnamos aquella tarde las sábanas de cinco estrellas.

Después, más silencio. El aroma del sexo. La comodidad del colchón. Dormimos. Al despertar, faltaba una hora para la entrega.

Así recuerdo los prolegómenos de la tragedia.

I

Un edificio rehabilitado con forma de esfera blanca que antaño servía para guardar nieve. No había mucha gente. Tampoco ropas de gala. Conservo algunas fotos. Un par de niños jugando a la *Nintendo*. Un bebé en un carrito. Toses diseminadas por la sala. Alguien que respira más fuerte de lo normal. El alcalde. El teniente de alcalde. El presidente de la asociación cultural. Los miembros del jurado. Los premiados.

El accésit.

Fue la primera vez que vi a Diego Leonarte.

Estaba sentado en la primera fila.

Tras las presentaciones y varios discursos, el presidente de la asociación leyó el acta del jurado.

—Accésit: *Cinco verdades paralelas* de Diego Leonarte. Entrega el premio el teniente de alcalde.

Lo primero que pensé de él fue que inspiraba lástima. Mucha lástima. Su aspecto de haber sido abandonado. Dejado caer desde otra parte del mundo, o de otro mundo, en medio de aquel pueblo de Segovia. Calvo al cero. Fuerte. Ojos oscuros y tristes. Un palmo más alto que yo. Un metro ochenta y algo. Más joven.

Tras la entrega nos invitan a un vino de honor. Un chico de aspecto inocente que sonrío tras una cámara de fotos dice:

—Que se pongan el ganador y el accésit juntos.

Dos disparos que inmortalizan dos sonrisas ignorantes. Dos sonrisas que no conocen el futuro que aguarda a las sonrisas.

Aina había salido a fumar.

Después se acercan algunos miembros del jurado: el que ha escrito la crítica de los cuentos que ha leído en los discursos. Una mujer, que dice eso de que siempre resulta difícil elegir cuando quedan cuatro, cinco, diez, no sé. Y el presidente de la asociación, la secretaria de la asociación y el fotógrafo de aspecto inocente. Aina sigue fumando y llega también el teniente de alcalde, y yo hablo de que hemos venido desde Valencia con el coche y no he visto ningún radar por la carretera lo que me recuerda a una frase de Ferrán Torrent que dice más o menos así:

«En una partida de póker siempre hay un tonto; si a los diez minutos no has averiguado quién es, empieza a preocuparte».

Y todos se ríen entre canapés y vasos de vino.

Diego Leonarte se encuentra en un lateral.

Solo.

Nos mira y nos deja de mirar. Lleva una mochila colgada en la espalda y sostiene en la mano la caja azul con el trofeo. Un decantador de cristal y dos copas. Me acerco.

—Enhorabuena —digo.

Tras las frases convencionales, le sugiero intercambiar algunos cuentos.

—Para que nos revisemos mutuamente antes de presentarlos a concursos, ¿te parece?

Entrecierra los ojos, como si no comprendiera.

—Sí, por qué no.

También su acento arrastraba una pronunciación foránea. No el francés de Aina, sino el hispano de América. Cuando se lo dije, respondió que su abuelo había emigrado a la Argentina, pero él no había llegado a conocerlo. Porque su abuelo, como su madre y su padre, habían muerto hacía tiempo.

—¿En algún accidente?

Niega con la cabeza.

Vivía en Salamanca. De alquiler. Y era la primera vez que ganaba un premio.

—Aunque un accésit no es un premio —matiza.

La sonrisa de Diego Leonarte. Esa sonrisa de labios gruesos que dejan entrever una hilera de dientes muy blancos.

Nos acercamos a la mesa donde sirven el vino. Una copa de tinto para él y otra para mí. Me confiesa que no bebe nunca. Repetimos. Hablamos de Onetti. De que nunca ganó premios. De Bolaño, que sí los ganó. Dice que le fascinan los cuentos de Monterroso. Después mentamos a la madre de la crisis, que está acabando con las dotaciones y con las convocatorias.

De nuevo en el grupo. Aina ha regresado.

Aina, Diego Leonarte. Diego, Aina.

Nada más que ese saludo protocolario.

La secretaria de la asociación se dirige a él.

—No has confirmado la habitación en el hotel. Hay una reserva pendiente.

Diego frunce el ceño.

—No lo sabía.

—Lo indicaba en las bases.

Entonces me mira. Sus ojos llorosos. Negros.

—¿Tú te quedas?

—Sí —digo.

Extiende los brazos como lamentándose de algo irremediable. Responde a la secretaria.

—Está bien. Me quedo.

De camino hacia el hotel hablando de nada. Los tres. Aina, él y yo.

—Qué pensáis hacer ahora.

Le digo que nos daremos una ducha y que cenaremos en una terraza.

Saca un reloj con leontina dorada que guarda en el bolsillo y comprueba la hora.

»Perfecto. Llámame.

En cuanto salgo de la ducha, suena el teléfono. Es él. Aina descansa encima de la cama. Las ocho de la tarde.

—Solo quería saber si me diste bien el número —dice.

—Sí. Sí. Está bien.

—¿Ya sabéis adónde vamos?

—No. Todavía... todavía estamos arreglándonos.

—Yo espero abajo. En el *hall*.

—Pero nos falta un poco.

—No importa. Espero. Sin problema.

Bajamos. Ha pasado media hora desde que nos llamó. Diego se encuentra sentado en uno de los sillones del *hall*. Cuando nos ve, sonrío.

—Hemos pensado tomar algo de tapas —le digo.

—Está bien. Muy bien. —Y mira a Aina de arriba abajo.

Aina se ha puesto el vestido blanco. Se insinúa debajo la ropa interior azul.

Damos varias vueltas por calles pintorescas hasta que acabamos sentados en una terraza.

Allí, Diego y Aina hablan de la relación entre Vargas Llosa y García Márquez, enemistados, según Diego, por culpa de las mujeres.

—Se robaban las novias —dice.

Aina responde que pensaba que ambos convivían con parejas estables.

Diego entorna la mirada.

—Y eso qué más da.

—Supongo que algo importa —responde Aina mientras sonrío y mordisquea una aceituna.

Él me da una palmada en la espalda.

—Nada, ¿verdad, Mando?

Después habla con encono acerca de un premio de novela al que se había presentado.

Dotación: diez mil euros. Los textos íntegros se colgaban en Internet, pero no hay votación popular sino un jurado calificador que decide cuál es la ganadora. Se presentaron ciento sesenta y tres novelas.

—Las he leído todas.

—¿Las has leído todas? —le pregunto, porque dudo de que sea cierto.

—Algunas, varias veces.

—¿Y para qué las leíste todas?

Unos niños lanzan un disco volador que se estrella contra su silla. Protesta y les pide por favor que vayan a jugar a otra parte. Lejos de sus dominios.

—De las ciento sesenta y tres solo cinco, —continúa, y muestra la palma de la mano extendida para decirlo—, cinco, valían algo la pena. Había una equiparable a la mía. Que podía competir en calidad, me refiero. Pues ¿sabes lo que ocurrió?

—No.

—Esas cinco fueron las que primero eliminaron.

Las ocho obras seleccionadas eran, sin duda, las peores. Las leyó y releyó para deleitarse con sus incorrecciones. Gramaticales. Ortográficas. De estilo. Incredulidad argumental. Frases manidas. Obviedad en las tramas. De las ocho, tres merecían acabar en la hoguera. Quedaron finalistas. Y de esas tres, ganó la peor. La de un joven veinteañero que no había escrito una novela en su vida. En un blog se jactaba de que tampoco había leído nada. Lo que le obligaron en el colegio. Pero aun así, una compañera le resumía las tramas.

La novela se titulaba: *Los martes, vientre para una mujer normanda*.

El autor: Sergio De Celis.

—El título me gusta —dice Aina, y al adelantarse para coger la bebida descuida la abertura del escote.

Los breves pechos de Aina debajo del sujetador azul.

—El título es lo único que se salva de esa novela —replica Diego.

—¿Y cómo, cómo pudiste leerlas todas? —pregunto para evitar una situación que resulta algo incómoda.

Se frotó las manos, inspiró hondo y se reclinó en la silla. Nos miró por este orden: primero a mí, luego a Aina. Confesó que disponía de mucho tiempo.

—Mucho tiempo.

Y sonrío.

Terminamos de cenar. Aina se enciende un cigarrillo.

—Dame uno —dice Diego.

—¿Tú fumas?

—Solo en las ocasiones muy, muy especiales.

En la calle del hotel, varios garitos de copas a ambos lados de la acera, congregan a propios y extraños.

Diego insiste en que nos quedemos para continuar la charla. Aina replica que está cansada.

—Han sido muchos kilómetros de viaje desde Valencia.

—Podemos quedarnos tú y yo, Mando —dice Diego al tiempo que me arrastra del brazo hacia las terrazas.

Diego y yo. Solos. No sé por qué he permitido que Aina se marche. ¿El aspecto de muchacho extraviado de Diego me sigue inspirando lástima? Error imperdonable. La lástima es la proyección de nuestra miseria interna. Nuestra parte más ruin. Nuestro *Hyde*. Ese es el problema. Me asiste cierto deber moral de compensarlo. La culpabilidad por haber sido primero. De que él haya debido conformarse con el accésit. Vuelve a decir que no bebe nunca. Pide una segunda copa.

Me habla de su hermano. Un año menor que él.

—¿A qué se dedica?

—A viajar.

—¿Y ya está? ¿Viaja y no hace nada más?

—Trabaja aquí y allá. Y de vez en cuando viene a verme. Es un trotamundos.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí. Qué haces.

—Antes jugaba al ajedrez. Era muy buen jugador de ajedrez.

—Pero con el ajedrez no puedes ganarte la vida y con la literatura...

Dice que de tanto en tanto, imparte clases. También trabaja aquí y allá. Donde cae y en lo que cae. No tiene grandes necesidades. El alquiler. Eso no es mucho.

—Y Aina, ¿a qué se dedica —pregunta

Respondo que es consultora. De empresas. Y asiente como si fuera un experto en el sector.

El hermano de Diego se llama Samuel Leonarte. Su otro yo. La mochila a la espalda. Camiseta negra. Caminando por senderos sin nombre entre montañas. Sin destino. Sin fin.

—Todo el día de un lado para otro. Solo lee libros de mapas. De viajes. Ni una sola novela.

Ninguna inquietud literaria. Una persona ajena a los sueños. A las ficciones. Su única pasión, el mundo.

—Nada más.

—Y nada menos —digo.

Son las tres y cuarto de la mañana. Continuamos hablando en la terraza de un bar que hay debajo del hotel y él insiste en que me quede un poco más porque quién sabe cuándo nos veremos de nuevo. Pero estoy muy cansado.

—Pues entonces, mañana podemos quedar para desayunarnos —dice, desde la silla, con la copa en la mano, al ver que me levanto.

—No sé. Igual madrugo y me marcho temprano. No quiero que se me haga tarde.

—No importa. Tú llámame. Nos desayunamos juntos y seguimos hablando.

No respondo.

—¿Vienes? —le pregunto.

Por un momento tengo la impresión de que me va a pedir dormir con nosotros. Que le haga un huequecito en la cama y como vamos algo borrachos casi se lo digo. Pero le repito de nuevo la pregunta:

»¿Vienes?

Él alza la copa y sonrío.

—Me voy a pedir otra.

Desde la ventana de la habitación se ve la luna llena. Una casa solariega con jardín interior. Por las rendijas de la persiana de madera, las terrazas de los bares y a Diego Leonarte. Sentado. Una pierna cruzada sobre la otra. Bebe.

De tanto en tanto saca el reloj con leontina y lo hace oscilar como un péndulo.

Aina duerme. Boca arriba. Arrebujada en la sábana. La luz de la luna le ilumina el rostro y a la vez provoca sombras. El lado de la cara que da a la ventana, angelical; el opuesto, enigmático.

¿Qué estará soñando?

Aina.

¿También se habrá inmiscuido Diego Leonarte en sus sueños?

Más tarde, mucho más tarde, Diego continúa abajo. En la misma posición. Han cerrado los bares de copas y ahora cruzan por su lado unos jóvenes hablando en voz alta. Desde la distancia, les dice algo. Uno de ellos se acerca, saca un paquete de tabaco y le da un cigarrillo.

Lo enciende y ellos se despiden entre risas y con andares vacilantes.

Diego se queda. De vez en cuando se lleva el cigarrillo a la boca, mira hacia arriba, hacia nuestra habitación, y cuando termina de fumar, permanece en la silla pensativo e inmóvil.

—¿Qué haces ahí, Mando? —pregunta Aina desde la cama al tiempo que golpea el colchón para reclamarme a su lado.

Por la mañana, la mesa de la terraza está vacía y en la silla, algo separada, parece que permanezca la silueta en trazos discontinuos de Diego Leonarte. Del lugar que ocupó durante la noche.

Bajamos pronto a desayunar. Aina lleva un pantalón corto y una camiseta azul, ajustada.

El ascensor. Un pasillo. Un diván de espera antes de llegar al restaurante. El paso obligado para acceder. Allí está, sentado. Una pierna sobre otra. La mochila. Como si hubieran trasladado la silueta de la terraza del bar de copas hasta allí. Se levanta. Incomprensiblemente, parece descansado.

Me muestra el móvil.

—No me has llamado, Mando.

—Es muy pronto.

—Te dije que no importaba que fuera muy pronto.

—Pero me sabía mal.

Sonríe. Condescendiente.

—No pasa nada. —Cuando llegamos a la puerta del comedor una chica sale a nuestro encuentro y Diego pide mesa para tres—. Anoche estuve leyendo tu relato —me dice.

—¿Sí?

—La idea es magnífica. Muy ingeniosa. Pero en algunos momentos pierde la chispa, como si se quedara muerto. Y eso desincentiva un poco para seguir leyendo. No digo que esté mal; pero he leído relatos tuyos mucho mejores.

—¿Has leído otros relatos míos?

—Sí. Los de la web. Y los que he podido conseguir de los premios. Las publicaciones.

—¿Y cómo has conseguido las publicaciones?

—Llamé a las entidades convocantes. No los he conseguido todos. Pero me basta para asegurar que este relato no tiene la calidad de otros cuentos tuyos, aunque se trate de un digno ganador, sin duda.

—Gracias.

—Yo habría insistido más en la relación entre ellos. ¿Por qué cortarla? ¿Por qué debe morir una relación que empieza con esa fuerza, que despierta tales sentimientos?

—Es el relato.

—Ya sé que es el relato. Pero no cercenes un sentimiento de ese modo con la única excusa de que «pertenece al mundo de la ficción». Esos personajes han cobrado vida. Y ahora viven en otro mundo. Los conocemos. De alguna manera, ya forman parte de la realidad.

Me río.

—¿Y cuándo lo has leído? Porque son las nueve y nos acostamos a las... a las tantas.

—Por la tarde, claro.

—Y no me habías dicho nada.

—Lo quería releer varias veces antes de hablarte de él.

—¿Qué camino hacéis para volver a Valencia? —nos pregunta en cuanto salimos de la cafetería.

—Vamos por la A3 y...

—Podíais acercarme hasta Madrid. De allí cojo el tren para Salamanca.

Voy a pretextar cualquier excusa cuando Aina se me adelanta.

—Claro —dice.

Un «claro» que ensombrece los últimos momentos en aquel hotel, mientras ella y yo recogemos la habitación sumidos en silencio. Una escena muy distinta a la que había imaginado.

Cuando abrimos, Diego se encuentra en la puerta.

Ya en el coche, de camino, saca un *compact disc* de la mochila. En el disco, escrito a mano con rotulador indeleble, aparece el rótulo *Some Folks* y debajo *Street Boys*.

En cuanto subimos se empeña en que lo ponga.

—Por mucho que lo busques, ahora no lo encuentras. Y no ha salido en CD.

La canción se pierde en la vaguedad de las miles y miles de sintonías de mis recuerdos juveniles.

—Me suena.

—Tengo el disco original en mi casa. Con la dedicatoria: «A Diego Leonarte, con mucho cariño. Las firmas ininteligibles de los mismísimos Sebastián M. Walton, Peter J. Dimler, Simon J. Murley y Michael Blakey. Me lo trajo mi hermano de París. Los encontré tocando en Montmartre una noche.

—Tu hermano y tú sois uña y carne, ¿no? —pregunta Aina.

—No sé si uña y carne. Pero nos queremos mucho. Quizá porque después de la muerte de mis padres solo nos tenemos el uno al otro. O porque cada cual hace su vida. Sí. Ahí residirá el secreto. —Se ríe—. En que nos vemos poco.

—Sí, ese será el secreto —digo.

—Y tú, Mando, ¿tienes hermanos? ¿Te llevas bien con ellos?

La respuesta es no. Solo tengo una hermana, Merche. No nos hablamos desde que murió mi madre. Mi padre entonces sufría *Alzheimer*. Su ingreso en una residencia originó muchas desavenencias entre ella y yo. Merche quería cuidarlo. Cada semana en una casa. Yo no podía. Aina y yo no podíamos. Nos acabábamos de casar.

—Discutimos entonces y no nos hemos reconciliado.

Se aproxima a los asientos delanteros y larga una sentencia de libro de autoayuda.

—En las grandes decisiones de la vida, jamás debes permitir que influya el rencor —dice. Después se queda en silencio. Mira por la ventana mientras tararea la canción de los *Street Boys* y pide que la ponga de nuevo. Es la tercera vez.

—Sí que te gusta —dice Aina.

Por el retrovisor observo su rostro. La felicidad manifiesta en una sonrisa sin restos de amargas pasadas.

—Es hermoso haberos encontrado —dice al fin.

Las palabras quedan un tiempo suspendidas sin que Aina o yo nos atrevamos a tomarlas. Hasta que doy una respuesta de cortesía.

—Sí.

Y él continúa:

—Yo soy de la opinión de que las casualidades no existen. Siempre hay algún motivo. ¿No os parece?

Su mano, caliente, en mi hombro. No solo en mi hombro. También en el de Aina. Inspira hondo y vuelve a la ventanilla.

—Os lo regalo —dice.

—Qué.

—El *cedé*. Os lo regalo.

—No hace falta.

—Quiero que os llevéis algo mío. Escuchadlo con calma. En silencio. Con la luz apagada y disfrutad como yo lo he disfrutado. *Some Folks*, algunos amigos, qué bien le va el título, ¿no? Os voy a anotar aquí detrás mi correo e intercambiamos opiniones.

Su correo: dileonarteocallaeternamente@yahoo.es

Lo dejamos en las afueras de Madrid. En el arcén. La camiseta negra. La mochila a la espalda. La caja azul con el trofeo del accésit. Y encima, algunos ejemplares editados donde aparece mi cuento antes que su cuento.

Poco a poco su figura empequeñece.